



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

SABADO 1.º DE JUNIO DE 1872.

NÚM. 102.



EL SINAI.

LA LUZ.

Estamos en un período crítico, en una edad crítica entre todas. Nada hay subsistente, nada hay duradero. Ideas que ayer se decía que eran las salvadoras, las únicas salvadoras de la sociedad, son declaradas hoy insuficientes cuando no perjudiciales. Se ensayan todos los sistemas, se agotan todas las fórmulas. El pensamiento de toda la vida de un hombre, le agota hoy la sociedad en un día. En medio de esta movilidad de la vida presente hay una cosa inmóvil, inmutable, verdadera esfinge tebana que contempla con mudo pavor cómo el mundo marcha; el catolicismo.

Su jefe, que un día glorioso para él se creyó que sería el representante también de la libertad, es la sombría personificación del mutismo y de

la inmovilidad de esa doctrina. Arrojado de los brazos de los jesuitas, ha llegado á observar sus máximas y ellos le llevan y le traen como un *cadáver*. Cuando habla es para decir á la humanidad «silencio.» Cuando se permite el lujo de hacer un discurso, es para entretenerse en viejas lamentaciones sobre la impiedad. El papado es una institucion chocha que balbucea malamente en pleno siglo XIX palabras de Gregorio VII. Sus leyes son leyes de mutismo. El *Syllabus* y la encíclica *Quante cura* son sus últimos progresos en el género. Cuando me he paseado por nuestra plaza de Oriente me ha sucedido algunas veces detenerme á contemplar aquellos magníficos reyes de piedra, eternamente inmóviles sobre sus pedestales. Son Frueles, Mauregatos, Ordoños, que miran gravemente la multitud. Son gigantes que contemplan benévola-mente los juegos de los niños. Todo lo tienen,

el manto, el cetro, la corona, miran hacia todas partes, y si no fueran de piedra, una sonrisa de triunfo iluminaría sus labios; en fin, desde sus pedestales reinan. Pues lo mismo reina Pio IX sobre la mayoría de las conciencias.

Resignese el Papa, resignese el papado. Medite en el rincón á donde le han llevado los siglos, sus faltas á la ley de Dios y sus atentados contra el progreso humano sobre el rumbo que llevan los pueblos. La ley de Jesús será soberana, pero no será él el dictador de ella. La infalibilidad que el jesuitismo burlon y volteriano ha puesto sobre la cabeza del pobre Papa á la *sazon felizmente reinante*, como dicen los palaciegos de los reyes, es una corona que hace reir á todo el mundo. ¡Infalible Mastai Ferreti! ¡Musas católicas, haced versos llenos de aloe, de mirra y de incienso al excelente Pio IX, que se ha encontrado de repente, sentado sobre su silla de

San Pedro, con que era Dios! ¡Oh hallazgo sorprendente!

Pero no hay que reirse; lo que debe morir, que muera pronta é inexorablemente. La doctrina que pidió la muerte del pobre Moliere y que le negó la sepultura despues de muerto, porque habia hecho el *Tartuffe*, está condenada por el arte; la doctrina que trajo la muerte sobre Andrés Vesal, porque se habia atrevido el primero á hacer la autopsia del cuerpo humano, está condenada por la ciencia; la doctrina que persiguió á Teresa de Jesús, á fray Luis de Leon, al fraile de la protesta florentina, y al fraile de la protesta luterana, está condenada por la religion; y la doctrina que quemó uno por uno, sistemáticamente á los hijos mejores de Cristo, tiene que estar forzosamente condenada por Cristo.

¡Basta de monseñores, de nuncios, de camerlangos! ¡Basta de dinero de San Pedro, es decir, de dinero del Papa! ¡Basta de incienso á los dioses paganos! La verdad os hará libres, ha dicho Jesús. Venga el día del triunfo completo, y aparezcan los rayos triunfales de esa última aurora boreal.

MOISES.

V.

Las demás ordenanzas de Moisés se refieren al gobierno y al sacerdocio, dos cosas que van siempre juntas en las primeras edades de los pueblos.

Los pueblos, por lo general, son veleidosos y versátiles. El pueblo hebreo tenia como ninguno este carácter. Moisés subió á la montaña á recibir la ley que Dios le iba á dar para su pueblo, ley que era una religion y una civilizacion al mismo tiempo, porque este es el carácter de toda religion el de ser al propio tiempo una civilizacion. Dad á un pueblo un dogma, ha dicho no sé quién, y le habreis dado en aquel momento un estado de cultura mayor ó menor, segun sea más ó ménos amplio ó estrecho el dogma que le deis. Lo cierto es que cuando Moisés descendió de la montaña, aquel pueblo libertado por Dios, no habia sabido libertarse de sí mismo y habia caído ante los ídolos. Fastidiado de la ausencia del gran legislador, no sabiendo, ó mejor dicho, olvidando al Dios verdadero á quien debia adoracion, cayó en esa especie de nostalgia en que caen los pueblos tanto como los individuos, y se postró ante un becerro de oro. «Hazos, dijeron á Aaron, dioses que vayan delante de nosotros, porque á este Moisés, aquel varon que nos sacó de la tierra de Egipto no sabemos que le haya acontecido.» Este es uno de los errores que aun hoy subsiste en las sociedades modernas: la de confiarse los pueblos en los hombres y no en Dios y en los principios. Si el pueblo hebreo hubiera creído en el Jehová único, firmemente, sin tibiezas y sin vacilaciones, ¿qué falta le hubiera hecho Moisés? ¿Qué le hubiera importado que hubiera estado ausente de él cuarenta días y aunque hubieran sido cuarenta mil? Faltaba allí la fé completa. Cuando el gran hombre desaparecia, la llama de aquellos corazones se apagaba. Por otra parte Aaron tuvo tambien una hora de debilidad. Cedió cobardemente á las exigencias del pueblo y le contestó: «Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres y de vuestros hijos y de vues-

tras hijas, y traédmelos.» ¿Fué que Aaron tenia tambien muerta en su alma la fé en el Dios único, ó fué que era uno de esos gobernantes temerosos y pusilánimes, Pilatos de todos los momentos históricos que ceden siempre antelas exigencias populares, sean justas ó injustas, absurdas ó racionales? ¡Quién lo sabe! Lo cierto es que cedió y el pueblo cayó ante el becerro de oro.

¡Qué santa ira debió encenderse en el corazón de Moisés al ver el espectáculo de aquel pueblo arrancado por él de todas las servidumbres, postrado otra vez ante los ídolos! Cojió el becerro, le arrojó al fuego, le redujo á polvo, echó este polvo en agua y se le hizo beber á los judios. Quería que bebiesen su propia vergüenza y su propia humillacion. No se satisfizo, sin embargo, con esto. Tres mil hombres cayeron bajo el filo de su espada. El mismo sitio que habia presenciado las danzas y los regocijos hechos en honor del nuevo ídolo, se vió regado con la sangre de los prevaricadores. Así castigó Moisés aquella tentativa de vuelta á la servidumbre.

Considerando á Moisés como gobernante, no es posible negar que ejerció sobre los hebreos una dictadura omnimoda y omnipotente; las dictaduras, por regla general, son siempre malas: hoy son, sobre innecesarias, absurdas. Pero en aquellos tiempos no sucedía lo propio. Aquella dictadura salvó muchas veces á Israel. ¡Qué diferencia entre aquel hombre y aquel pueblo! El uno siempre confiado en Dios, el otro siempre vacilante; el uno libre aun en medio de la servidumbre, el otro esclavo aun en medio de la libertad; el uno superior á su tiempo, el otro lleno de todos los errores y las supersticiones de su época; tales eran el hombre y el pueblo. ¿Fué saludable y provechosa esta dictadura? No es posible negarlo. Hay muchos que en vista de esta matanza de los tres mil hombres y otros actos de este género, dicen que Moisés fué un hombre atroz, cruel y sanguinario. No. Un hombre que entre sus máximas y preceptos expone algunas de tanta compasion y dulzura como las siguientes, no es un hombre sanguinario: «No maltrateis ni oprimaís al extranjero: vosotros habeis sido tambien extranjeros en el país de Egipto.» «Si encuentras al asno del que te odia, agobiado bajo su carga, no pasarás de largo, sino antes bien le ayudarás á descargarle.» Sobre todo es bellísima y dá una alta idea de su espíritu de benignidad esta otra máxima suya. «No harás cocer al cabritillo en la sangre de su madre.» Moisés, dice un escritor, era tambien un hombre melancólico: uno de esos hombres que llevan sobre sí el fardo de los dolores de la humanidad, especie de esponja en la que se empapan todas las amarguras de su tiempo. No hay por esto que admirarse tampoco de que se manifestase preocupado y severo.

AL PUEBLO ESPAÑOL.

Cerca de cuatro años han trascurrido desde el día en que los cristianos evangélicos pudieron por la primera vez en España exponer públicamente la religion que profesaban, y en ese tiempo harto notorias y por demás conocidas de todo el mundo han sido su conducta y sus tendencias. Sin alardes de ningún género, sin crear dificultades al poder de la nacion, sin insultar á los que no seguian sus doctrinas, los protestantes españoles han propagado las suyas en el púlpito y en la prensa, siempre con dignidad y como cumple á los que respetan en lo que

vale la dignidad humana y se llaman discípulos del Crucificado.

No ha sido tan mesurada, por desgracia, la actitud de los católicos romanos. Animados de un celo, digno por cierto de mejor causa, ellos nos han combatido en sus iglesias tan acerva y destempladamente, que en más de una ocasion han llegado á escandalizar hasta á sus propios secuaces; nuestras doctrinas han sido desfiguradas por ellos, y nuestros predicadores insultados en el libro y en el folleto, en el periódico y en la cátedra; nuestras capillas han presenciado en más de una ocasion tumultos promovidos por los que, acostumbrados á imponer sus creencias por la fuerza, no podian habituarse á la idea de que con iguales derechos que ellos expusiéramos nuestra doctrina al amparo de las leyes; nuestros vendedores de libros religiosos han sido maltratados y aun gravemente heridos en los pueblos en donde el elemento clerical domina; nuestras Biblias, es decir, nuestra propiedad, han sido desgarradas ó quemadas por los que saben que uno de los mandamientos de Dios dice: «No hurtarás;» nuestras ceremonias fúnebres han sido muchas veces escarnecidas por los que están llamados á ser ejemplo de mansedumbre evangélica; nuestros pastores han recibido anónimos llenos de insultos y de amenazas, y como si todo lo dicho no fuera bastante á juicio de los romanistas, han creído necesario publicar sueltos en los periódicos de esta corte y enviar telegramas á la prensa extranjera, anunciando que se habia cerrado en Madrid la última capilla protestante por haberse retirado de ella los que en un tiempo vinieron atraídos por el dinero que para embriagarse recibían.

Esta última noticia se propalaba precisamente en los días en que la Iglesia cristiana española celebraba en esta villa su Asamblea anual compuesta este año de los Sres. Moore, Ruet, Jameson, Carrasco, Scharf y Gonzalez en representación de cuatro iglesias madrileñas, del Sr. Vizcarrondo, presidente del Comité de Madrid, y de los Sres. Cabrera, Eximeno, Astray, Castro, Sanchez Lopez, Sanchez Ruiz, Alhama, Vargas, Hernandez, Trigo, Empey-taz y Tudury, pastores y representantes de las iglesias de Sevilla, Zaragoza, Camuñas, Valladolid, Córdoba, Huelva, Granada, Málaga, Cádiz, Cartagena, Barcelona y Mahon. Formaban tambien parte de la Asamblea los Sres. Gladstone, Fliedner, Armstrong, Rebolledo, de Felice y Flores, y todos, por unanimidad, acordaron la publicacion de la presente hoja para desmentir las falsas especies vertidas por los que, más ganosos de su propio triunfo que del triunfo de la verdad, faltan á ella cuantas veces creen que así pueden desacreditar á sus adversarios.

¿Qué refutacion es preferible á la sencilla enumeracion* que de las iglesias y sus conductores hemos hecho? Y aun pudiéramos añadir para los periódicos que nos han preguntado les digamos: «donde está el fruto de nuestros trabajos,» que existen otras iglesias cristianas en España además de las que acabamos de citar; que á nuestras escuelas asisten millares de niños de quienes nadie se ocupaba antes de que los protestantes pensaran en instruirlos; que sin necesidad de cofradías hemos dado sepultura á nuestros cadáveres; que nuestros enfermos han sido socorridos por sus propios hermanos á quienes hemos enseñado á tener economía y caridad, y por último, que hemos llevado la moralidad al seno de muchas familias que vivían en torpe concubinato por la sola razon de ser pobres y no encontrar un sacerdote que gratis quisiera legitimar su union.

Pero en las graves circunstancias por las que atraviesa nuestro pueblo, ¿es posible contentarse únicamente con desmentir calumnias que más que á nadie, dañan á los mismos que las inventan? ¿No existen otras cuestiones más graves que deben examinar los que de cristianos y de españoles se precian? Nosotros á fuer de españoles que se interesan en la ventura de su patria, vamos á emitir nuestra opinion acerca del giro que se pretende dar á las relaciones del Estado con la Iglesia.

En el último discurso de la Corona leído ante

los Cuerpos Colegisladores, se han puesto en boca del primer magistrado de la nación las siguientes palabras: «Mucho me complacería á fuer de católico y jefe de una nación católica también, en su inmensa mayoría, anunciaros que el restablecimiento de las relaciones con el Sumo Pontífice era ya un hecho. Abrigo, sin embargo, la fundada esperanza de que no se haga largo tiempo esperar la concordia con la Santa Sede que tan viva y sinceramente deseo»

Como de las anteriores líneas se desprende, se trata de un cambio de política completo en lo que afecta á nuestras relaciones con Roma; se piensa en reanudar el ya casi roto lazo que por luengos años nos sujetara, como pueblo, á las decisiones de una corte extranjera con grave perjuicio de nuestros más caros intereses nacionales. En vista de esta decisión que creemos de trascendentales y funestos resultados para España, nos vemos obligados á dar la voz de alarma para ver de despertar siquiera á los que duermen, ya que no sea posible hacer variar de opinión á los que obcecados y ciegos caminan por la senda de la perdición y la ruina.

Comprendemos muy bien que una nación procure mantener relaciones con un poder cuya influencia sea á todas luces bienhechora; pero Roma ¿qué ha hecho en España desde el advenimiento al trono de los Reyes Católicos? A esta pregunta responderá siempre la historia imparcial, que la Iglesia romana se ha impuesto entre nosotros, como en todas partes, la triste misión de negar todas las libertades, de extinguir todas las luces, de protestar contra todo progreso y de quebrantar las fuerzas vitales de este pueblo disminuyendo su riqueza, matando su industria y diezmando su población. Bajo su mano férrea han quedado aplastadas la conciencia y la razón, los grandes caracteres se han debilitado, y el nivel de la moralidad ha descendido de una manera vergonzosa.

¿Quién arrojó de España á los judíos, verdaderos comerciantes y al mismo tiempo hombres de ciencia de este pueblo? La intolerancia romana. ¿Quién expulsó á los moriscos que eran los buenos agricultores de esta nación? La intolerancia romana. ¿Quién causó la pérdida de los Países Bajos, uno de los florones más bellos de la Corona española? La intolerancia romana. ¿Quién llevó á las hogueras á los protestantes españoles del siglo XVI, los más instruidos, los mejores súbditos y los más austeros ciudadanos? La intolerancia romana. ¿Quién hizo derramar á torrentes sangre española en los campos de Alemania para ahogar la voz de la conciencia ultrajada, que protestaba contra esa inmensa apostasía empeñada en llamarse la verdadera Iglesia de Cristo? La intolerancia romana. ¿Quién ha sancionado todos los escándalos, excusado todos los excesos, dado bulas para atenuar todos los crímenes y suprimido la grande y sublime moral cristiana en provecho de una moral tan perjudicial como ruin? La intolerancia romana. Ella y solo ella es la causa de que España haya bajado rápidamente por el declive de la decadencia, mientras que otras naciones ménos abundantemente dotadas que la nuestra, han llegado á ese grado de cultura y de prosperidad que causa nuestra admiración y nuestra envidia. ¡Ah! ¡Es que Holanda, Inglaterra, Escocia, Alemania y los Estados-Unidos no han llevado en su seno tanto tiempo como nosotros ese cáncer que corroe nuestras entrañas y que se llama la Iglesia de Roma!

Y no se crea que ha sido solo en España donde Roma ha dejado sentir su letal influencia: en cuantos pueblos ha podido dominar, se han notado los mismos síntomas de descomposición y de muerte que tan de manifiesto aparecen en nuestra patria. Es que Roma vá marcada en la frente con el dedo de Dios para que su crimen sea visible á todos los hombres.

Italia, la noble patria de las artes y de las sublimes inspiraciones, no ha podido ser nación grande y libre hasta que ha roto sus relaciones con Roma, y aun así y todo lo que la impide desarrollarse y ocupar el puesto que tan dignamente pudiera ocu-

par entre las naciones, es el virus del romanismo que lleva en su seno.

Sajonia, la patria de Lutero, la primera nación alemana mientras que defendió las doctrinas evangélicas y se opuso á todas las pretensiones de Roma; después que su casa reinante y con ella un gran número de aduladores cortesanos pasaron al gremio de la Iglesia romana, perdió su prestigio, su poder y su influencia, que íntegros pasaron á Prusia, representante hoy del protestantismo en el continente europeo.

Dos grandes imperios, ambos protectores del Papa, ambos partidarios de la política que hoy se pretende seguir en España, han caído estrepitosamente con aprobación universal, vencidos de antemano por la opinión pública que los condenaba antes de ser vencidos en los campos de batalla por la fuerza de las armas. Y si se busca explicación á estas catástrofes sin ejemplo en los fastos de la historia, preciso será convenir en que la derrota de Sadowa fué precedida por la derrota de la inteligencia en Austria, y que á la capitulación de Sedan había precedido la capitulación de la conciencia francesa.

¿Es esto lo que se pretende para España? ¿Es este el bálsamo que se quiere emplear para cerrar sus heridas? Porque no hay que forjarse ilusiones, una vez admitida Roma á regir los destinos de este pueblo, seguirá invariablemente la línea de conducta que viene siguiendo hace siglos y que no puede por ménos que seguir, dadas su historia y su doctrina. En España, como en todas partes, en nuestra época como en épocas anteriores, procurará Roma debilitar la conciencia y oscurecer la inteligencia, medio infalible de que se vale para consolidar su imperio. Cuando ella mande, será necesario que todos obedezcan; y para Roma, obedecer es inclinarse ante su despótica autoridad, no creer sino lo que ella cree, y no pensar sino lo que ella piensa. Para ser buen católico romano, será necesario admitir que existe un hombre en la tierra en un todo semejante á los demás hombres, y sin embargo viva encarnación de la verdad; será forzoso abdicar la individualidad en favor del sacerdocio, casta privilegiada que se encarga por ese precio de labrar nuestra dicha; será necesario rechazar toda verdad científica que se oponga á cualquiera de los caprichos de la nueva divinidad que habita en la ciudad de las siete colinas, y, en una palabra, dejar de ser lo que todo hombre tiene derecho á ser, para convertirse en lo que Roma quiere que se sea.

Roma destruye la conciencia y la razón porque ha empezado por destruir el Evangelio. Ella dá del pecado nociones falsas para atribuirse el poder de perdonarlos. Ella desfigura la doctrina de Cristo para dominar más cómodamente á las masas. Ella niega el sacerdocio universal para presentar á su clero como medianero entre Dios y los hombres. Ella predica la salvación por las obras, porque todas las obras pasan por sus manos y todas le dejan producto. Ella divide y subdivide la grande moral evangélica é infinidad de preceptos, porque solo haciendo perder la noción de la moral evangélica es como puede imponerse á los hombres para que estos acepten su moral especial. Ella defiende el confesionario para dirigir las conciencias por donde mejor le plazca. Ella hace de la Iglesia el dogma fundamental del cristianismo para que los hombres sacudan antes el yugo de Cristo que su oneroso yugo.

Y para consumir su obra de aniquilamiento procurará dirigir la enseñanza. No se contentará con ménos. En esto como en lo demás tiene que ser fiel á su pasado. ¿Qué le importan á ella las concesiones que se le hagan, si después de todo los hombres leen, estudian, aprenden y forman su juicio aun acerca de la misma Roma? Mientras que ella no examine los primeros pasos de la juventud, le inculque sus ideas y le haga concebir profundo desprecio por todo lo grande y lo bello que no sea romano; mientras que ella no haga valer en escuelas, colegios y universidades sus libros de texto, llenos los más de ellos de leyendas insulsas y de máximas inmorales, no dejará de conspirar y de crear obstáculos á todo lo que contrarie sus designios. Su

máxima favorita es aceptarlo todo y no contentarse con nada hasta que la nación entera esté postrada á sus pies.

Lo único que Roma desarrolla en el hombre es la imaginación, «la loca de la casa,» como se la ha llamado, para que el hombre contemple en el sacerdote un Dios, para que con temor se incline ante la hostia, para que vea llorar á las imágenes y moverse los ojos de las esculturas, para que se arroje en los templos con las notas armoniosas del órgano y las voces de los cantores, para que se extasie, en fin, ante ese continuo espectáculo que ella ofrece á las almas que más que de emociones tienen sed de perdón y de santidad.

Y si todo eso fuera nacido de fuertes convicciones religiosas! ¡Si un átomo de buena fé se mezclara siquiera á esas tendencias! Aun así y todo poco vale lo que se obtiene al precio de una degradación completa. ¿Qué será cuando todo se hace sin fé religiosa en las almas? ¿Qué, cuando esos alardes de piedad ocultan fines políticos? ¿Nada dice á los hombres que hoy rigen los destinos de este pueblo, la última intentona carlista? ¿Nada la actitud de las provincias que pasan por un dechado de religión católica? ¿Nada esa infinidad de iglesias abandonadas por sus directores espirituales? ¿Nada esos sacerdotes que, olvidando su ministerio de paz se lanzan á los campos para predicar el exterminio y para ser testigos y aun actores de esa terrible tragedia en la que se derrama sangre española, que ellos más que nadie han contribuido á verter con sus predicaciones y manejos anti-cristianos? ¿Nada, en fin, esa actitud de los obispos tan prontos para publicar pastorales por la más pequeña innovación en lo que á las relaciones con Roma concierne, tan dados á anatematizar cualquiera libertad que se otorga, y hoy tan silenciosos ante la conducta que vienen observando los *ungidos del Señor*? ¿No se suministrarán nuevas armas á los enemigos de la tranquilidad pública rodeándolos de más prestigio que el de que hoy gozan y concediéndoles nuevos privilegios? ¿No sería un acto de política más levantada, más liberal, más en armonía con las tendencias y aspiraciones de nuestro siglo acabar con las religiones oficiales, que nunca dejarán de ser una mentira y una tiranía desde que se obliga á sostenerlas á hombres que protestan de esa violencia hecha á la conciencia? ¿No sería ya tiempo de concluir con esas ficciones legales que en último resultado no producen más que incredulidad ó indiferencia? Porque fuerza es confesarlo por más que la confesión sea dolorosa; en España se encuentran todavía algunas almas bastante cándidas para aceptar, como dogmas revelados, las patrañas más absurdas, inclusa la de que deben batirse y morir por el absolutismo y la teocracia; pero los que arrastran á infelices labriegos y honrados artesanos á cometer esos y otros excesos, ¿creen en la religión que les predicán? ¿Creen, por ventura, en la religión de Cristo los que se llaman sus ministros y luego incitan á sus feligreses á tomar las armas en pró de un sistema político que rechaza toda la España liberal? ¿Cree en la religión de Cristo la inmensa mayoría de esos aristócratas que abandonan la sala de la orgía para presenciar algunas horas después las ceremonias religiosas de su culto? ¿Tienen alguna religión esos hombres que en el seno de la amistad blasonan de ateos, como si el creer fuera mengua! y luego en un ateneo ó en un congreso defienden la religión de Roma con un lirismo que hace derramar lágrimas á más de una infeliz mujer? ¿Es eso lo que se entiende por religión? Si así es, digámoslo con franqueza, hay mucha religión en nuestra patria porque son innumerables los hombres que tienen dos modos de expresarse: uno para la vida privada en donde se permiten la licencia y aun el cinismo, y otro para la vida pública, en donde prodigan protestas de inquebrantable amor hacia la religión de sus antepasados.

Y ¿quién ha dado vida á esa hipocresía de tan mal género, quién ha fomentado esa doblez de ánimo que tanto ha hecho decaer la antigua gloria de nuestro honrado carácter? Roma que siempre ha preferido la apariencia á la realidad, y que se pre-

ocupa muy poco de la pérdida de las creencias con tal que se conserve viva é inalterable la de que es necesario honrar exteriormente á la Iglesia.

Ahora bien, preguntamos nosotros: ¿es á esta religión que nos ha degradado y empequeñecido ante el mundo entero á la que conviene otorgar nuevos privilegios? ¿Estraña es en verdad la solución que se quiere dar á los graves problemas que agitan y atormentan la mente de nuestra generación?

Las fuentes de la riqueza pública no bastan á llenar las arcas de nuestro Erario exhausto, y por todo remedio á tan grave mal se dice que se estrecharán las relaciones con Roma para que su crecido ejército de clérigos siga cobrando el dinero que tan útil sería aplicado á otros objetos.

La gran mayoría de nuestro pueblo no sabe leer ni escribir, y por todo remedio á esta inmensa calamidad se anuncia que seremos más amigos de Roma, única autora del atraso intelectual de nuestros compatriotas.

La minoría que estudia y que medita, que analiza y pesa las creencias para admitirlas ó desechárlas, necesita una religión espiritual que hable al alma, algo que sea, algo que viva, y por toda satisfacción á tan nobles aspiraciones se le dá la de la unión con Roma, es decir, la unión con formas y fórmulas sin valor, añejas, mil veces rechazadas, buenas tan solo para alimentar la ciega credulidad de algunas personas sin criterio.

El problema social se presenta amenazador cual las olas irritadas del Océano en sus días de demencia, no porque el mal sea mayor que en otros siglos, sino porque hoyes un mal del que se tiene conciencia, y por todo dique á este desbordamiento que nos amenaza se opone el restablecimiento de las relaciones amistosas con Roma, es decir, con la religión de la casta sacerdotal, de los diezmos y primicias, con la religión que llegó á tener por suyo casi todo el suelo de España y á atesorar riquezas fabulosas que hoy como entonces ansía poseer.

¿Es así como se piensa levantar á esta infortunada España? Que los pueblos crecen y se desarrollan al calor de sólidas y fuertes convicciones religiosas, no hay para qué probarlo: las naciones que las poseen, nos dispensan de toda prueba. Que el cristianismo es la única religión civilizadora que existe en el mundo, los hechos lo han demostrado. Pero del cristianismo es necesario presentar solo una cosa; la pura y sublime figura de su divino fundador. Si se quiere que la religión cristiana produzca los frutos admirables que con razón se esperan de ella, es necesario habituarse á no considerarla como un conjunto de dogmas más ó menos fáciles que nuestra inteligencia debe admitir, sino como una unión íntima y profunda entre el alma del pecador y la persona de Cristo que vino al mundo para rescatarla. El cristianismo debe ser no tan solo una doctrina; ante todo y sobre todo debe ser una vida, la vida con Cristo en Dios. Pues bien, nosotros los cristianos evangélicos, nosotros los calumniados, anunciamos al Cristo de Dios, al Cristo de las Escrituras, al deseado de las naciones, al que solo puede apagar la sed que devora á la sociedad entera.

Nosotros anunciamos al que ha venido á reconciliar á Dios con los hombres y á los hombres con Dios, para dar paz á las conciencias y alegría á los corazones.

Nosotros anunciamos al Cristo que consumó una vez para siempre la obra de la redención que el Padre le encomendara, haciéndose obediente hasta la muerte en la cruz, para que por su muerte tuviesen vida eterna cuantos en El creen.

Nosotros anunciamos al Cristo que ofrece en su persona al mismo tiempo que el objeto de la fé, el admirable modelo de la vida.

Nosotros anunciamos al Cristo que ha venido á declarar mayores á los hombres, y á decirles que ya no hay casta sacerdotal, porque todos son reyes y sacrificadores, y todos iguales ante Dios.

Nosotros anunciamos al Cristo que quiere completa la personalidad humana, al Cristo que pi-

de que los hombres le sigan voluntariamente, porque su pueblo ha de serlo de franca voluntad, al Cristo que más se contenta con un átomo de fé verdadera, que con una adhesión completa á su palabra, si esta adhesión ha de ser ciega y sin inteligencia.

Nosotros anunciamos al Cristo que ama, al Cristo que perdona, al Cristo que murió y resucitó para interceder por los suyos, al Cristo que consuela en las aflicciones, al que fortifica en las amargas pruebas de la vida, al que se compadece del huérfano y de la viuda, al que no olvida al enfermo en su lecho de agonía y siembra de bellas flores el camino tantas veces tortuoso y áspero de la pobre existencia humana.

Cristo es nuestra predicación, Cristo es nuestra religión, y el anunciar á Cristo es también nuestro gran crimen á juicio de la Iglesia romana. Y esto se comprende. Sosteniendo que Cristo es el único intercesor entre Dios y los hombres, destruimos el culto dado á santos y ángeles que la Iglesia de Roma adora como medianeros é intercesores. Presentando el sacrificio de Cristo como el único verdadero, inutilizamos ese simulacro de sacrificio que se llama misa. Diciendo que Cristo ha obtenido para nosotros un perdón completo, no tiene razón de ser el purgatorio. Predicando que el perdón obtenido por Cristo es gratuito y que se otorga á quien lo desea, desaparecen las obras meritorias con las que tanto lucra el clero. Enseñando que Cristo ha instituido el sacerdocio universal, no se concibe la existencia de un sacerdocio levítico. Probando que Cristo quiere la fé voluntaria y espontánea como el amor que la inspira, queda condenada la intolerancia religiosa. Estableciendo que Dios solo puede perdonar y perdonar á cuantos creen verdaderamente en su Hijo unigénito, se hunde el confesionario. Demostrando que á esa persona de Cristo se la encuentra pura y sin mancha únicamente en las Santas Escrituras, recibe un golpe mortal la tradición de la Iglesia; y véase cómo la predicación que hacemos de Cristo solo, concita contra nosotros todas las iras del clero romano.

Pero no importa. Convencidos de que las doctrinas que hemos espuesto y las prácticas que seguimos están conformes con la Palabra de Dios, única regla obligatoria para el hombre, mientras que las doctrinas y prácticas de los romanistas son contrarias á ella, por lo que inducen en error á las almas, seguiremos anunciando solo á Jesús, verdadero redentor de los hombres y de los pueblos, en la confianza de que mereceremos la aprobación de Dios, y de que también vendrá un día, quizá no muy lejano, en que los descendientes de los mismos que hoy nos ultrajan y persiguen, confesarán que los cristianos evangélicos españoles del siglo XIX merecieron bien de la patria y de la humanidad.

Por la Asamblea, ANTONIO CARRASCO, *presidente*.—FÉLIX MORENO ASTRAY, *secretario*.

EL CATOLICISMO Y SUS ERRORES.

El progreso se realiza en la esfera de la moral como en el órden material. La religión es la vida. Si la vida es progresiva, ¿cómo puede no serlo la religión? Para ser consecuentes los defensores de la inmutabilidad ortodoxa, deberían negar también el progreso físico é intelectual. (F. LAURENT.)

La ruina del catolicismo, el desprestigio completo de esa religión que desde el siglo V al XVI dominó en Europa las almas sin rival y sin oposición; la desvirtuación de esa idea tan fecunda en un principio y que en la Edad Media pretendía someter á su imperio al universo realizando la unidad absoluta bajo el dominio de la fé; la muerte, en fin, del catolicismo romano, se debe principalmente á la pretensión absurda de querer establecer en medio de una sociedad que cambia incesantemente un dogma religioso inmutable, sin comprender, en primer lugar, que esto era imposible habiendo alterado, como alteraron, el texto de las Santas Es-

crituras, y en segundo lugar, porque la religión tiene un carácter político y social que, sin hacerla partícipe de las luchas candentes de la humanidad, la arrastra, aunque en distinto sentido, por el camino del progreso.

La verdad absoluta, es con efecto inmutable; pero esta verdad solo es conocida del único ser absoluto, Dios: «los hombres, dice un filósofo francés, no la conocen, no la conocerán jamás;» en la tierra añadimos nosotros.

Nosotros admitimos que las Santas Escrituras contienen la verdad absoluta de la doctrina cristiana: si el catolicismo se hubiera consagrado exclusivamente á la propagación de esta doctrina en toda su pureza; si el catolicismo no hubiese osado subir hasta la divinidad, confundirse con ella y hasta querer superarla; si no hubiera desde sus primeros tiempos pretendido absorber en el poder espiritual de la Iglesia al poder político de las naciones, el catolicismo sería hoy dueño del mundo, moralmente hablando, sin tener sobre sí el peso de los crímenes y de los horrores que lo agobian, lo anatematizan y lo destruyen.

El catolicismo se ha dado á sí mismo la muerte, corrompiendo con sus inmundicias y sus errores á la sociedad entera, y pretendiendo arrastrar en su caída el espíritu religioso de diez y ocho generaciones.

Mas como Dios no puede permitir que su palabra sea olvidada ni su doctrina escarnecida; como Dios no quiere que el hombre se pierda, del cristianismo no tradicional, del falso cristianismo, del catolicismo, en una palabra, ha hecho nacer de nuevo el cristianismo verdadero, el cristianismo antiguo, la religión del perdón y del amor, esa religión sublime que predicando la paz y la fraternidad á los hombres, sin dar la supremacía á ninguno, porque todos son igualmente pecadores, y sin pretender monopolizar en ningún sentido el poder político, realice su grandiosa misión en el vasto campo de la conciencia, purificando las almas en el vivo crisol de una fé tan ardiente como sincera.

Todos los hombres ilustrados de la culta Europa, aun aquellos que por su temperamento ó sus ideas políticas niegan igualmente todas las religiones positivas, no pueden menos de confesar, obrando imparcialmente, la bondad del cristianismo en su pura y genuina interpretación. Véase sino lo que dice al tratar la cuestión religiosa el racionalista Juan Jacobo Rousseau después de condenar las diversas y falsas religiones que para ruina de los pueblos han ido apareciendo en el mundo. Y citamos este autor, porque no se diga que en sus opiniones puede obrar el espíritu de parcialidad ó de secta.

Dice así:

«Resta, pues, la religión del hombre, ó el cristianismo, no el de hoy día, sino el del Evangelio, que es del todo diferente. Por esta religión santa, sublime, verdadera, los hombres, hijos del mismo Dios, se reconocen todos por hermanos, y la sociedad que los une no se disuelve ni aun por la muerte.» (1)

Aunque el autor, más adelante ataca, no en su esencia, sino en sus procedimientos, la religión cristiana, basta á nuestro propósito la declaración que dejamos trascrita.

Si bien es verdad que Roma, al iniciar sus ideas concluyó, en cierto modo, con la hostilidad y la división de los pueblos antiguos proclamando la idea de la unidad del género humano, diciendo á los hombres que eran *unos* en Dios, es tirpando las diversas adoraciones que á falsas divinidades hacían los pueblos paganos, no es menos cierto que la soberbia de Roma tendió inmediatamente á destruir la doctrina del Redentor, ya imponiéndose por la fuerza, ya armando para su defensa y conservación el brazo secular del Estado, estendiendo siempre su poder fuera de la esfera espiritual y acariciando la ilusión de fundar una monarquía universal representada por el Papa, es

(1) El Contrato Social, página 270, párrafo segundo.

decir, un ideal político que ahogara por completo la iniciativa y la vida individual.

Una doctrina que pretende aniquilar todo lo que hay de individual en el hombre, en la sociedad y en el género humano, está viciada en su esencia.

Y como la fé romana fué por la fuerza impuesta á los pueblos estirpando toda discusion con el hierro y el fuego, nunca llegó á disfrutarse más que una falsa paz en el interior, y apenas realizado el sueño de la unidad, la unidad fué destruida; las herejías vencidas renacieron, protestaron, y todo un mundo, el Oriente, sacudió el tiránico yugo de la Santa Sede. La revolucion del siglo XVI separa de la obediencia de Roma la mitad del mundo católico, y los Papas ofrecen á los príncipes ortodoxos los territorios que han de conquistar á los infieles para atraerlos por la fuerza al seno de la Iglesia.

Esta conducta, esta medida represiva tan en contradicción con el espíritu de la doctrina cristiana, debía producir, y produjo, sus naturales resultados.

El derecho del más fuerte es el fundamento del credo de la unidad católica. El derecho del más fuerte es contrario al derecho natural, y el derecho natural del hombre es uno de los puntos de la religión cristiana. Luego los católicos romanos eran los mayores enemigos de la doctrina de Jesucristo.

Los modernos defensores del catolicismo, para atenuar en lo posible la debilidad de los emperadores que han estado subordinados á los Papas y han peleado por y bajo las órdenes de la Iglesia, dicen que esta sumision no se extendía sino á la esfera de lo espiritual.

La Edad Media, dice un historiador contemporáneo, era más lógica y más franca. El Papa Gregorio VII, dice que los príncipes son los órganos del demonio. En efecto, según el catolicismo, el mundo es el reino de Satanás, y los príncipes son sus ministros; mientras que la Iglesia es la esposa de Jesucristo y el órgano infalible de la verdad absoluta. Traduciendo al lenguaje vulgar las altivas pretensiones de la teología católica, vendremos á esta lógica consecuencia: «que el poder temporal y el espiritual corresponden á la Iglesia.» Por esta razón, los Papas, con una confianza arrogante, proclaman que ellos son los vicarios de Aquel que es á la vez obispo y rey; reivindicando, por tanto, el gobierno del mundo. Inútil es insistir en este punto; las palabras de Inocencio y de Gregorio son demasiado claras para dar lugar á la duda, y sus actos están en perfecta armonía con sus palabras.

Los sucesores de los célebres prelados que citamos más arriba tampoco dan lugar á la duda sobre este punto, ni con sus palabras ni con sus hechos, llegando la soberbia de Pío IX hasta el extremo de querer elevarse sobre sus antecesores, precisamente en una época en que el catolicismo se encuentra desconceptuado en la opinion como nunca lo estuvo idea alguna, y cuando la civilización moderna invade los templos romanos allanando la morada del Sumo Pontífice, arrojándole fuera de la titulada heredad de San Pedro.

Ni los prelados en particular ni el clero en general se han apartado de la antigua senda ni están dispuestos, á lo que parece, á ceder un ápice en sus propósitos de siempre.

Triste, pero verdadero ejemplo nos dan de esta verdad los innumerables sacerdotes romanos que en los momentos actuales, olvidándose por completo del sagrado ministerio que dicen representar, ensangrientan los campos de nuestra patria combatiendo con las armas en la mano, turbando el reposo público y encendiendo la guerra civil para hacernos retroceder—¡vano empeño!—á los ominosos tiempos de la intolerancia y de la tiranía, tiempos de felice recordación para los que han pretendido hacer de la religión cristiana el más grosero y repugnante de los comercios.

Los que así obran, los que así obraron siempre, no pueden ser en manera alguna los intérpretes de la sublime doctrina del Crucificado, todo paz y mansedumbre y caridad.

El CRISTIANISMO, en su verdadera acepción, se encuentra digna y justamente representado en la

REFORMA; y las ideas reformistas, que son la verdad de Jesucristo, la verdad absoluta, no tardarán en posesionarse de la conciencia universal, si como es de esperar los pueblos siguen avanzando en la senda luminosa del progreso.

Porque el catolicismo está juzgado por sus hechos, desvirtuado por su historia y condenado en la conciencia pública de la presente generacion.

FRANCISCO FLORES Y GARCIA.

CRISTIANO EVANGÉLICO, OYE.

El Supremo Juez de la naturaleza y Padre benéfico de los hombres, sembró en el corazón las preciosas semillas del bien, de la virtud, de la verdad y de la sabiduría; y entre otras afecciones, las comunicó el amor á la ciencia, á la verdad y á la virtud; una ley primordial, anterior á todas las instituciones humanas, les dicta imperiosamente buscar este grandioso tesoro y cultivar aquellas preciosas semillas.

La verdad, de igual modo que la virtud, es relativamente al espíritu lo que la hermosura á la vista, lo que un agradable perfume al olfato, lo armonioso al oído y lo dulce al paladar.

De aquí es, que todos los hombres, por una especie de instinto, por un consentimiento general, han pagado á la virtud, á la verdad y á la sabiduría, el justo tributo de la estimación, del aplauso, de respeto y admiración.

Todos las han mirado como fuente del heroísmo, y á sus profesores como entes de un orden superior y dignos de la inmortalidad.

Empero la verdad y la virtud siempre han sido y son perseguidas en la tierra: puede muy bien decirse que la verdad es la mártir eterna de aquí á bajo.

La historia y la experiencia de cada día lo atestiguan de consuno.

El que abriga en su mente una idea fecunda para la felicidad de sus semejantes, bien puede decirse que lleva consigo un privilegio de persecución. Los judíos de todos los tiempos colocarán, de seguro, en sus manos el cetro de caña, y en su frente la corona de espinas; lo clavarán en la cruz del desprecio y le escupirán en la cara. ¡Y los sabios entre los hombres, y aquellos que son profetas de ciencias, y apóstoles de mejoras, creadores de sistemas, se lamentarán de la suerte que les ha cabido!

Almas débiles, hombres de poca fé, levantad los ojos y mirad. En la cumbre del Gólgota, sobre el leño de los suplicios, espira el que trae al mundo la verdad; la verdad suprema, el código de los creyentes, la fuente de todo progreso, la salud y la luz de los siglos y de las naciones; en una palabra, el Evangelio. Sí, ese sentenciado á muerte es el hijo del hombre y del Altísimo, es Jesucristo, es Dios.

Por eso los muertos salen de sus sepulcros, la tierra tiembla y se estremece, y el rayo centellea en las nubes. Todo se ha consumado.... la sangre de un Dios hecho hombre es la que abre esa vía de persecuciones en que nos proponemos seguir á su Iglesia, pues los que van á llevar al mundo las verdades que de Él han recibido, serán tratados por el mundo como lo ha sido Él mismo. Para ellos las cruces y las espadas del desprecio; para ellos las fieras y los verdugos de todas las naciones. La verdad, vuelvo á repetir, es el mártir eterno aquí abajo: el imperio del mundo es para todos estos apóstoles. Sigámoslos en su camino aunque sea al suplicio: sigámoslos por el rastro que deja su sangre gloriosa desde el Gólgota, en donde murió el Cristo, hasta nuestros días. Sigámoslos, que van á conquistar el universo entero.

A poco de la muerte de Jesucristo, cuando la sangre vertida por Él, cual rocío fecundo, aun no se había enjugado en las manos de sus verdugos, ya sus apóstoles pagaron á la verdad el tributo de persecución y de sangre.

A Dios corresponden los misterios de su provi-

dencia y de sus designios; á nosotros el más profundo acatamiento y la más humilde admiración de sus obras; á nosotros inclinarnos ante la milagrosa obra en donde sus operarios trabajan y fecundan la viña que les ha encomendado.

Sigamos, pues, á la Iglesia en esa gloriosa vía, en donde cada muerte es un triunfo, cada gota de sangre una semilla para la cosecha de eternidad, que Dios recoge entre las almas. Sigamos á los cristianos que van á combatir por la fé.

Contémoslos, si nos es dado hacerlo; son tantos en número como los granos que se arrojan en los surcos marcados por el arado; no podemos contarlos.

Tiempo llegará, sin embargo, en que los veamos y conozcamos en el granero de Aquel que ata las gavillas y las recoge para su eternidad, y Dios nos dirá el día de su gran juicio: «Escuchad, hijos, mirad y ved. Yo soy la verdad. La verdad, la eterna mártir de la tierra es vuestra corona y vuestra recompensa en los cielos. (Que así sea).

PEDRO CISNEROS.

¿QUÉ ES UN HEREJE Á LOS OJOS DE LA IGLESIA CATÓLICO-ROMANA?

La bondad ó la maldad de toda institucion está en sus orígenes; mejor dicho, en las ideas que les han dado nacimiento. Y esto, que sucede en todo orden de ideas, sucede especialmente en las ideas religiosas. Así es, que desde el momento en que el catolicismo empezó á separarse de su verdadero origen cristiano y á aceptar enseñanzas estrechas y angostas que jamás estuvieron ni en la mente ni en las doctrinas de Cristo, pudo decirse que caería en aberraciones increíbles y en errores sangrientos.

El gran principio, el principio soberano del catolicismo, es este:

«Fuera de mi Iglesia no hay salvación. Yo soy la Iglesia única, santa, eterna, inmutable. El que quiera salvarse por otro medio que por mí, se pierda irremisiblemente.»

Las consecuencias de este principio son espantosas y terribles. Puesto que la Iglesia católica se creía y se decía la única y verdadera representante de Jesucristo en la tierra, y la única que podía salvar, debía poner todo su conato en traer todos los hombres á su seno. Desde el momento en que un hombre viviera fuera de ella, ya estaba perdido. Era preciso, pues, salvarle y salvarle á toda costa, á su pesar si era necesario. Tenía otras ideas que no eran las suyas; otra religión que no era el catolicismo. Podía hablar á los demás de ella, inficionarlos con el veneno que le corroía.

Se hacia necesario, primero, prohibirle que pensase y que escribiese, y despues encerrarle y asesinarle de cualquiera manera, para que no corrompiera á sus conciudadanos, y hé aquí que la intolerancia es perfectamente lógica en el catolicismo. Si el catolicismo fuera tolerante, dejaría de ser tal catolicismo.

¿Puede haber en el mundo, dado el criterio católico, un sér más infame, más malvado que aquel que le priva de la salvación saliéndose del seno de la ungida del Señor, y pretende privar también á sus hermanos de la salvación inculcándoles sus ideas? Pues este es el hereje. Si se ha de creer á las anatemas romanos, para él no hay nada sagrado, es una especie de monstruo que vive en rebelión perpétua contra lo que hay de más santo en el mundo. De consiguiente, debe perseguirse. El Papa Gregorio XVI llamaba todavía en el año 1832 á los heroicos valdenses, «que tanto han sufrido y tanto han perdonado» como dice un escritor, «la espuma y el oprobio del género humano.» «En el protestantismo, dice Bungenier, lo natural es la tolerancia; en el catolicismo, lo lógico es la persecución.»

Papas santísimos y benditísimos; ¡cuántas veces nos hemos alegrado de ser herejes, y monstruos, y pequeños satanases y todo lo que queráis, al ver que hacía vosotros no sentíamos más que amor y

perdon, y vosotros no sentíais más que odio y horror profundo hacia nosotros!

MEDITACION.

La religion de Cristo es dulce cual ninguna;
Destello de esperanza, refleja inmenso amor:
Y el que es de regia stirpe, y el que es de humilde cuna,
Encuentran en su historia un faro salvador.

Historia sacrosanta que dió la paz al mundo,
Que dió iguales derechos al hombre y la mujer,
Y que al mortal le ha dado consuelo sin segundo
Pues borra de la muerte la nada del no ser.

¡La nada!... Pensamiento que deja en la memoria
Helado desencanto y amarga decepcion.
¡La nada de la vida... Y más allá la escoria
Que arroja la materia! ¡Qué triste conclusion!!!

Ese algo misterioso que anima nuestra mente,
Que alienta nuestra vida haciéndonos sentir,
Que en humo se deshace, se pierde en el ambiente
Y en hueca sepultura se mira el porvenir.

No hay nada tan horrible. ¡Qué daño hace esta idea!...
Inexplicable frío conmueve el corazón.
¡Oh religion cristiana! ¡bendita siempre sea
La mágica esperanza de eterna salvacion!

Los hombres en su orgullo y en su arrogancia osaron
Mudar de tu doctrina su forma celestial,
Y para pena eterna castigos inventaron
Que mira con espanto el infeliz mortal.

Quizá por ignorancia (tal vez por egoismo)
Tus máximas benditas quisieron combatir,
Y crearon del averno el insondable abismo
Donde las almas tienen por siempre que sufrir.

Y al lienzo trasladaron tan torpe pensamiento,
Y más de un gran artista trazó con su pincel
De inextinguible fuego el infernal tormento,
Donde muriendo vive el pecador infiel.

Al Dios de la justicia, al Dios de la esperanza,
Al que dictó las leyes de paz y caridad,
Le dieron saña fiera, le dieron la venganza,
Cuando en su amor inmenso salvó a la humanidad.

¿Por qué así destruyeron las leyes celestiales?
¿Por qué los anatemas? ¿Por qué la excomunion?
¿Por qué fueron creídos aquellos tribunales?
¿Por qué atormentó al hombre la santa inquisicion?

Error abominable de iluso oscurantismo
Por el que vivió esclava la pobre humanidad,
Atrás, negros horrores y sórdido egoismo:
¡Atrás vuestra codicia, atrás vuestra impiedad!

Ya es tiempo que las frases del ser Omnipotente
El hombre las descifre con clara lucidez:
El dijo a los mortales «amaros mutuamente
Y en mí tendreis un padre de vuestros hechos juez.»

«Os pido el sentimiento de fraternal ternura,
Que no escucheis en vano la queja del dolor,
Vosotros sois mi imagen, vosotros sois mi hechura,
Interpretad fielmente mi inextinguible amor.»

«Sembrando en vuestros campos semilla de justicia
Recogereis cosecha de paz y libertad;
Que espléndida largueza confunda a la avaricia,
Que humille al egoismo la santa caridad.»

«El faro de la vida os dejó en la conciencia;
Es lámpara escondida que alumbra la razon,

Palmera que os da sombra durante la existencia,
Y que despues alcanza la eterna salvacion.»

¡Oh! Ser omnipotente: ¡qué mal han comprendido
Tu gran sabiduría, la esencia de tu ser!
La sávia de la vida los mundos te han debido:
El alfa y el omega se encierra en tu poder.

Antecesor no tienes; predecesor, tampoco;
Tus leyes son eternas y eterna tu piedad,
Y aun ha querido el hombre en su delirio loco
Trazar líneas que marquen lo que es la eternidad.

Un límite a tu tiempo, un peso a tu balanza...
Asombra tanto absurdo y tanta estupidez:
En un ser infinito no puede haber mudanza:
En un Dios infalible no cabe pequeñez.

La sombra del pasado se pierde en el vacío,
La imagen del presente vá en pos de la verdad;
La ciencia solo anhela llegar a tí ¡Dios mio!
¡Avanza en tu camino: avanza, humanidad!

VIOLETA.

IDEAS SUELTAS.

¿Qué es la muerte? ¿Dónde está la muerte?
¿Qué me importa a mí que me digan que la muerte
no es más que una trasformacion de la materia? ¡Ay!
las ideas científicas más verdaderas no han servido
nunca para detener la lágrima melancólica que rueda
por la mejilla.

La tristeza tiene una obstinacion terrible. Pretended
secar el llanto de cualquier desgraciado, y él os dirá:
«Dejadme mi placer.»

La muerte no es más que un alto en la vida. El via-
jero hace noches en la posada, y al otro día sale lleno
de gloria ó lleno de infierno.

Se ha descompuesto aquella organizacion. Ya no
hay bastante hierro ó bastante cal en aquella sangre.
Un órgano enferma. Al poco tiempo el hombre muere.
¿Dónde está lo inmortal que se ha llevado aquella
muerte?

Mirad las estrellas: mirad lo que está al final de
ellas: mirad detrás: aún allí debe estar, en el palacio de
lo invisible.

Hay ocasiones en que comprendo aquella ansia de
amor infinito que abrasaba aquella gran mujer que se
llamó Teresa de Jesús. Las almas que tienen conversa-
ciones más continuas con la divinidad, esas son las más
ávidas de lo inmortal.

La muerte no sirve en realidad más que para hacer
vivir. Es una mujer vestida de negro como la noche
que toca en las sienes y hace dormir un sueño profundo.

¡Oh! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡la vida en tí, la muerte en tí!
¡Dos eternidades de un minuto! ¡No quiero más, porque
al fin de ellas está la eternidad infinita!

VARIEDADES.

EL ASNO DE VERONA.

La historia filosófica de las supersticiones sería
la historia de la demencia de la raza humana; y si á
ese gran cuadro trazado por una mano hábil se
juntasen los comentarios que naturalmente se ofre-
cen á los hombres pensadores, resultarían muchos
y grandes volúmenes de ridículos delirios y misera-
bles extravíos, capaces de entretener por muchos
años los oídos de todo un pueblo.

Es la supersticion epidemia tan antigua é inve-
terada, que parece haber nacido con el hombre; es
una enfermedad contagiosa, que vá poco á poco
gangrenando el cerebro hasta hacerse incurable, y
contra la cual son ineficaces los esfuerzos de las
más preclaras inteligencias. El mayor número de las
personas cree casi siempre con la fé más ciega las

cosas más absurdas y groseras; y el número me-
nor está espuesto, si quiere hacer uso del jui-
cio para combatir las, á ser arrastrado y des-
truido por el ímpetu ciego de la creencia comun.
No basta que lo ridículo de un objeto esté manifes-
tando ser indigno de la atencion y reverencia del
hombre dotado de razon; no basta que una cosa
descubra ella misma su origen mentido y engaño-
so, parto de trapaceros y ruines embelecadores;
porque si hay, que por desgracia nunca falta, un
individuo que le atribuya un origen divino, la mu-
chedumbre, siempre crédula, siempre ignorante,
reverenciando todo lo más absurdo y lo que esté
más lejos de su comprension, adopta esa cosa como
muy digna de su culto, y es necesario que la mano
asoladora del tiempo vaya destruyendo la obra de
la supercheria de unos é iluminando la inteligencia
de otros; pues sería gran temeridad el empeñarse
en derribar de pronto un ídolo á quien se tributa-
ron adoraciones.

Tales son las ideas que nos sugiere la materia
del presente artículo, en el cual expondremos bre-
vemente el origen y la práctica de una supersti-
cion que, sin embargo de toda su ridiculez, estuvo
en boga por espacio de casi siete siglos en muchas
iglesias y obispados de Francia y de algunos otros
países, y que cayó al fin, como caerán otras muchas
luego que el cristianismo vaya purificando el espíri-
tu del hombre, y alejando de su frente la nube ca-
liginosa que la rodea.

Es indudable, y no habrá ninguno que se atreva
á desmentirlo, que ha habido una funcion religiosa
llamada la *Fiesta del Asno*, que como acabamos de
decir, se estuvo ejecutando como unos siete siglos,
cuyo personaje principal era un borrico; no hay que
reirse lectores, ¡un borrico! Refiere la tradicion, lo
escriben varios autores, y nos lo han referido en el
país algunos veroneses, que hacia principios del
siglo XVIII existian aun los restos mortales de un
jumento encerrados en el vientre de otro jumento
de madera, hecho espresamente para servir como de
urna cineraria; que dicho animal estaba depositado
en la iglesia de la virgen de los Órganos de Vero-
na, bajo la custodia de una comunidad de frailes,
los cuales lo conservaban como una de las reliquias
más antiguas de la ciudad, y lo sacaban dos veces
al año en procesion.

Difícil es absolutamente fijar la época en que
principió veneracion tan grosera como degradante
y contraria al cristianismo; pero cuenta la dicha
tradicion que este jumento, habiendo conducido á
Jesús en su entrada en Jerusalem, y no queriendo
permanecer más en aquella ciudad maldita, cuyos
moradores condujeron al Calvario al Santo de los
Santos, emprendió su trote hacia el mar, caminó
por encima de sus aguas con la misma firmeza que
por la tierra, dirigiendo su ruta por Chipre, Rodas,
Candia, Malta y la Sicilia; de allí fué á permanecer
algun tiempo en Aquileya, y por último fijó su re-
sidencia en Verona, en donde vivió bastantes años
con salud.

Lo que tal vez contribuiria á esta fábula, y á
hacerla respetar por los tontos, es que casi todos
los borricos tienen una especie de cruz negra por
la parte superior en el encuentro de los brazos: no
sabiendo nosotros determinar con exactitud si la
costumbre de llamar generalmente á dicho sitio la
cruz del animal, así como se dice á otros parajes la
culata, los corvejones, etc., traerá su origen de la
cruz del burro de Verona, ó de la que simplemente
presenta la piel del cuadrúpedo de que hablamos;
cruz que, segun se dice, le fué concedida en memo-
ria del pollino de Bethphajé que sirvió al hijo de la
Virgen Maria; pero Plinio el naturalista, que casi fué
contemporáneo del mismo, y que reunió cuidadosa
y diligentemente cuanto atañe á la jumentil espe-
cie, no habla de ninguna variacion sobrevenida en
a distribucion del color y piel del borrico. Por tan-
to, nuestros lectores deberán creer, bajo la palabra
del Sr. Plinio, que los asnos están vestidos en el día
como lo estaban en aquel en que Dios se dignó
echarlos á este mundo.

Probablemente habria en los alrededores de Ve-

rona algun burro en quien el vulgacho notaría una cruz más pronunciada que en los demás; no faltarian por allí algunos embebecadores de sotana corta, que afirmasen que en la tal alimaña habia cabalgado Jesús el Domingo de las palmas, y caten ustedes aquí un borrico celebrísimo que muere no sabemos si oliendo á santidad, pero sí se dice que le hicieron unos magníficos funerales. No falta vieja veronesa que cuente que obró tambien sus milagrillos.

Establecióse desde luego una funcion eclesiástica en Verona, llamada *dell'Asino*, del Asno; pasó de allí á otros países, y no fué Francia la última que adoptó tan brillante y solemne festividad. Varias eran las ceremonias que se practicaban en ella; pero entre otras se presentaba el manso y pacífico animal vestido con una capa pluvial ó de coro, y cubierta la cabeza y las orejas con un enorme bonete de cuatro puntas; conducíanle los acólitos hasta las gradas del altar, y allí permanecía durante la misa, en la cual se entonaba un himno que principiaba así:

Orientis partibus

Adventavit asinus

Pulcher et fortissimus.

Que puesto en español viene á decir:

De la parte de Oriente

Nos vino un asno;

¡Ay qué lindo y qué fuerte!

¡Ay qué milagro!

Luego que el sacerdote finalizaba la misa, en vez de decir *Ite missa est*, se aplicaba las manos á las narices, y vuelto al pueblo, prorumpia con toda su fuerza en tres vigorosos rebuznos, á los cuales el pueblo respondia en coro con otros más sonoros y edificantes que los que se habian echado en el resto de la misa, y que cierto ingénio describe en los siguientes versos:

En la tal misa, cuando el cura al *Ite*

Missa est ya llegaba, al pueblo vuelto

En rebuznos horrendos prorumpia,

Y en horrendos rebuznos luego el pueblo

Contestaba á su vez, la iglesia toda

Con rebuznos atroces aturdiendo.

¡Allí era el rebuznar!... Allí el ver era

En mujeres, en niños, mozos, viejos,

La emulacion, el ánsia, la presura

De elevar sus rebuznos hasta el cielo,

Imitando á los asnos con jactancia,

Y á su cura tomando por modelo,

Que el rebuzno tres veces repetia

Del modo más solemne y circunspecto. (1)

Concluida la misa, una jóven con un niño en brazos representando la huida de María á Egipto, iba montada en el pollino, acompañada de una gran procesion de músicos y cantores, y de su correspondiente campaneó.

Y no se crea que esta funcion era una fiestecilla así, de poco más ó ménos; era una funcion de rumbo, una funcion en que tomaba partela nobleza, una funcion solemnísimas, que así como en el himeneo de los reyes de España se echa mano de los recursos brillantes de la tauromaquia, porque segun se vé no hay aclamaciones más enérgicas, significativas y regocijadoras que las del toril, en eso que llaman por aquí funciones reales, así en casos semejantes se apelaba en el siglo XIII á los rebuznos del presbiterio y de la muchedumbre, como lo vamos á ver en una solemnidad de aquel tiempo.

Refiere la historia, y se encuentra en las crónicas francesas, de las cuales somos fieles narradores, que María, hermana del duque de Brabante, y segunda mujer de Felipe III llamado el *Atrevido*, era tan notable por su hermosura como por su esclarecido talento. Criada y educada en una corte en donde tanto se honraban á las letras y á las ciencias de aquella época, su afición á la literatura no la abandonó al acercarse á un trono, y aun hay quien asegure que ayudó con sus consejos al poeta Adenez

Leroi, quien le fué deudor en gran parte de su merceda reputacion.

Aconteció á María, lo que ordinariamente sucede á las personas que se dedican á las letras: acostumbrada á vivir con la imaginacion en medio de las generaciones que finaron, y á tratar con los sabios de los antiguos tiempos, ignoraba los usos y costumbres de las naciones contemporáneas, y los hombres y las cosas pasaban para ella completamente ignorados. Por esta causa, se sorprendió mucho cuando algunos dias despues de su casamiento, le ofreció su esposo obsequiarla con una funcion brillante, *la funcion del burro*.

Creyendo María que acaso se chanceaba Felipe, llamó reservadamente á Adenez Leroi, y le dijo:

—Como extranjera en Francia, siento, hoy sobre todo, haberme entregado con preferencia al estudio de la historia de los pueblos de la antigüedad, y no á la de una nacion adonde me han traído á vivir los secretos destinos de la Providencia. Sé que muchos pueblos han erigido altares á ciertos animales: que por ejemplo, los egipcios adoraban al Ibis, porque los libertaba de las serpientes peligrosas; y que en la antigua Roma se llevaban todos los años varios ánsares en triunfo, en celebridad y conmemoracion de que el graznido de estas aves patrióticas habia despertado una noche á Marco Manlio, varon consular, y á los defensores del Capitolio en los momentos del mayor peligro, y preservado el nombre romano de una total ruina. ¿Habrá tenido algun burro tambien el talento de salvar el honor de Francia?

Adenez, que tenia demasiada sensatez para conocer todo lo ridículo de la funcion que el Rey habia prometido á su consorte, la contestó:

—Señora: bien puede V. M. ignorar sin sentimiento una supersticion que es el ludibrio de la religion, nuestro oprobio y el de nuestros abuelos, y que manifestará á las generaciones venideras el celo de esos hombres que se interponen entre nosotros y la Divinidad, llamándose sus ministros. ¡Insensatos! ¡Pretenden honrarla con funciones y ceremonias más indignas y bárbaras que las del paganismo!

En la funcion del burro, señora, cada antífona ó oracion, se termina con la ruidosa imitacion de un rebuzno; pero hay tambien otra funcion todavia más escandalosa, cual es la de los locos. Sin meterme á culpar la intencion del que preside en ella, puedo decir que esta funcion presenta el espectáculo repugnante de una verdadera saturnal. Los ministros inferiores de la iglesia, el sochantre y los coros se permiten bailes y canciones lascivas hasta en el mismo santuario, y gesticulan y remedan de un modo cínico y asqueroso las ceremonias en el mismo altar.

María se sonrió de lástima al pensar que la religion de un pueblo ingenioso y noble como la Francia, estuviese infestada de extravagancias tan monstruosas. Entretanto la corte se ha trasladado á la iglesia de una aldea que se hallaba situada cerca de una quinta perteneciente á Pedro de la Broche, chambelan de Felipe, y algunos años despues favorito de la reina. Las campanas anuncian con su vuelo la santa ceremonia, y acuden los aldeanos de los contornos, los cuales contemplan admirados el brillante séquito del jóven rey, hijo de Luis IX y sobrino del tirano de Sicilia, Carlos de Anjou. La iglesia toda se cuaja de espectadores: sale el preste y sus ayudantes de la sacristia y tras ellos un burro revestido, como hemos dicho antes, con su capa y su bonete colosal. La música entona el *Kyrie*: llega el caso del primer rebuzno, y el pueblo, por respeto á los cortesanos se mantiene callado, sin responder ni tomar parte, como de costumbre, en aquella borriical armonía. Era cosa verdaderamente curiosa y risible oír á todo un rey *Felipe el Atrevido* y á sus brillantes oficiales repetir sonora y cadenciosamente con las manos en las narices:

¡Ji-jam! ¡Ji-jam! ¡Ji-jam!

¡Ji-jam! ¡Ji-jam! ¡Ji-jam!

y ver las espantosas contorsiones con que acompañaban tan horrorosa algarabía. Los aldeanos esta-

ban embobados; los curiosos escuchaban con atencion y los zumbones cuchicheaban por lo bajo diciendo:

—El conde de Br..., hace el burro tan propia y naturalmente que no hay más que pedir; ese papel es muy de su cuerda.

—Es cierto, añadia otro, ¿pero en dónde me dejan ustedes al magnífico señor duque de M?... ¿hay burro que pueda competir con su excelencia en brio, aliento y sonoridad?

—No hay duda, respondia un tercero, son rebuznos que vale cada uno el condado de Poitiers; pero creo muy bien que si todos los jumentos de la Francia oyesen al esclarecido Sr. Pierre de la Broche, creerian que era hermano suyo y se irian tras él.

Todos estaban acordes en decir que Felipe le andaba muy cerca en la habilidad; siendo además bastante fácil confundir al supersticioso é idiota hijo de San Luis con el animal cuyas orejas largas y bellotas fueron endosadas al rey Midas por deliberacion de Apolo.

La jóven reina se guardó muy bien de mezclar su voz de ángel en aquel concierto infernal; pero no pudo contener la risa cuando oyó estallar cerca de sí los rebuznos de los bajos aduladores de Felipe, reflexionando al mismo tiempo de cuánto son capaces los cortesanos para conservar los favores de sus augustos amos.

No es la Francia de ahora la del año 1275; la Europa toda ha abandonado multitud de las farsas ridículas de otros tiempos; pero si en esa Francia, hoy tan ilustrada, quedan todavia bastantes prácticas supersticiosas, mezcladas con las verdades respetables de la religion, no quedan ménos entre nosotros los españoles.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

EN LA MUERTE DE UN PADRE.

Dulce paloma que los aires cruzas,

Ven á mí, ven.

Si tienes ayes que soltar al viento,

¡Ay! yo tambien.

Yo me he postrado sobre el duro suelo

Y he dicho á Dios:

«Que no enlute mi casa tu justicia,

Padre, perdon.»

Y no ha bastado. ¡Oh, nada ha bastado!

Quísolo y fué.

Ni lágrimas, ni quejas, ni suspiros

Valieron ante Él.

Como el lirio del valle que golpea

Y troncha el aquilon,

Así quedó mi alma cuando tu ira

La visitó, Señor.

Padre celeste que las penas calmas,

Oyéme tú.

Yo no quiero consuelos de este mundo,

Solo tu luz.

Me ha envuelto entre sus sombras temerosas

La noche del dolor.

Haz que este llanto que mis ojos vierten,

Sea una oracion.

A. SANCHEZ DEL REAL.

(1) Apología de los asnos.

COMUNICADOS.

Escopia exacta del remitido insertado el día 19 de mayo en el periódico *Mejstófeles*.

«Señor Director del *Mejstófeles*.

Muy señor mío: En la noche del jueves 9 del corriente, asistí a la capilla evangélica situada en la calle del Aire, núm. 12, de esta ciudad, donde tuve el sentimiento de escuchar al pastor que se dirigía a la congregación, invitando a los fieles a una asamblea que tendrá lugar el martes 21 del actual, para tratar de la expulsión del seno de aquella iglesia de algunos de sus miembros, que consideraba rebeldes a la causa del Evangelio, pretestando causaban divisiones y desavenencias; y como se dice también que los nombres de personas muy respetables en la localidad van a ser publicados, me apresuro a ponerlo en conocimiento de Vd., para que por medio de su ilustre periódico se haga presente al citado pastor, que ese sistema es magnífico y muy útil a la santa obra que propaga y edifica.

En otros tiempos, a las puertas de los templos católico-romano, se fijaban listas de los que no cumplían con la Iglesia, y hoy, el ministro protestante de la calle del Aire, prepara por medio de una asamblea, en mi humilde opinión, la más terrible de las excomuniones.

Queda suyo afectísimo y seguro servidor,

UN EVANGELISTA.»

Contestación insertada el día 26 de mayo, en el mismo periódico *Mejstófeles*.

«Señor Director del *Mejstófeles*.

Muy señor mío: He leído en el número 34 de su ilustrado periódico, el remitido firmado por uno que se titula *Un evangelista*.

En primer lugar, se debe hacer constar que el pastor de la iglesia cristiana situada en la calle del Aire, núm. 12, no prepara por medio de una asamblea de sus fieles la excomunión a ninguna clase de personas, y mucho menos siendo respetables; sepa, pues, dicho evangelista que no ha dicho la verdad.

Supuesto que veo, que sin embargo de titularse evangelista desconoce por completo el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, me atreveré a mencionarle algunos pasajes de la Sagrada Escritura, por ejemplo: (Mat. xviii, ver. 17. Mat. xxi, ver. 13) y la Epístola 1.ª de San Pablo a los Corintios (v, versículos 11 al 13).

¿Si quizás el llamado evangelista, será uno de aquellos que deben ser suspendidos como fiel de la citada iglesia, por su conducta anti-evangélica?

Dios no lo permita.

JOSÉ HERNÁNDEZ Y ORTEGA.

BELLAS-VISTAS 20 de mayo.

Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío: Estimaré de su bondad se sirva publicar en su apreciable periódico, si cree dignos de publicarse los siguientes párrafos, a lo que le quedaré sumamente reconocido:

«Es deplorable la frecuencia con que se repiten los asesinatos en el barrio en que se halla enclavada esta iglesia, pues en el espacio de dos meses, aparte de otras mil disputas en que siempre se derrama la sangre del prógimo, ha habido dos mujeres degolladas.

Sabido es que en los arrabales de todas las poblaciones vive la gente más abandonada, y que menos educación moral ha recibido, y por lo mismo las autoridades están en la imprescindible necesidad de ejercer más vigilancia en ellos.

Por aquí se encuentra mucha gente desocupada que dice mantenerse con la sopa que dan en el bea-

terio de Chamartín; pero se les vé contingamente ebrios, en particular a las mujeres.

Estos barrios debían vigilarse mucho; pero no por las autoridades populares, porque estas tienen que atender a sus negocios particulares, y no se ocupan o no pueden ocuparse como deben en la estricta obligación que su cargo les impone, sino por personas delegadas de la autoridad superior, que hagan un estudio especial de las costumbres de estas gentes, y pongan el correctivo indispensable. Esto puede decirse que ha estado siempre en el mayor abandono, y como si no existiera tal vecindad.

Hasta que nosotros vinimos, no se les ha hablado de Jesucristo, ni de amor al prógimo; por el contrario, las predicaciones católicas de Chamartín y los Cuatro Caminos, no conducen más que a la enemistad entre los hombres; les dicen que somos muy malos, que no creemos en la Virgen y se nos debe echar a palos; que donde nos vean nos insulten y apedreen, y así nos marcharemos. Tan al pie de la letra lo han tomado por los Cuatro Caminos, que si no pasamos a favor de la oscuridad de la noche, todos los días nos esperan para seguirnos a pedradas.

Estas son las enseñanzas de los romanos. Seguramente que no es eso lo que ofrecieron en la circular que repartió la Junta que se llama católica, pues ofrecía trabajar en los términos legales; no comprendo qué legalidad sea insultar y apedrear a quien con nadie se mete. Con tales predicaciones y tal abandono por parte de la autoridad, se encuentran siempre dispuestos al crimen los que son predispuestos a él; así, que si les habla Vd. en nombre de Jesucristo, dicen que no conocen más Dios que aquel que les da un duro, y que la gloria o el infierno está en este mundo. Y como ciertas señoras han ido ofreciendo grandes recompensas, creen que van a ser felices. Esto es vender su alma a Satanás por menos cantidad de la que vendió Judas al Redentor del mundo.

Después del último asesinato, han aparecido ya algunas parejas de dependientes de la autoridad popular, de día, y de guardia civil de noche, y aquí me permitirá Vd. hacer una pregunta: ¿Hasta qué punto pueden los guardadores de la ley estando de servicio, mezclarse en asuntos religiosos? Digo esto porque el 15 de este mes se presentó en la casa de uno de los cristianos evangélicos, la pareja de servicio con su uniforme y revolver correspondiente, diciéndole que debía pertenecer a la Junta católica, y que prosperaría su fortuna, a lo cual sacó su Biblia el Sr. Díaz y les hizo ver dónde encontraba él su prosperidad, y de dónde lo esperaba todo. El día 19 volvieron, sin duda con la misma pretensión; pero nuestro hermano no los quiso recibir.

Puedo citar el nombre de los instigadores, para en caso de necesidad.

Desearé se sirva Vd. llamar la atención de la autoridad, porque de lo contrario, si la ley no se observa por quien tiene obligación de guardarla, estamos expuestos a ser cazados por quien debiera serlo. No digo yo que el alcalde popular mande a sus dependientes, no; pero al transmitir las órdenes, puede muy bien suceder que algún empleado perteneciente a la Junta católica, les mande hacer lo que la ley prohíbe.

Doy a Vd. gracias anticipadas por tan señalado favor, y me despido rogando a Dios le dé la fe necesaria para conservarse en la gracia de Jesucristo.

MANUEL PLÁCIDO HERNÁNDEZ.»

NOTICIAS VARIAS.

Hace algunos días ha llegado a Madrid nuestro buen amigo Mr. Somerville, pastor de la iglesia libre de Glasgow. Completamente restablecido de la enfermedad que contrajera el año próximo pasado en el viaje que hizo a España, el primer cuidado de

Mr. Somerville ha sido volver a este pueblo que é tanto ama para visitar la obra evangélica que tan grata es a su corazón. Deseamos a nuestro respetable y querido amigo toda suerte de felicidades, sobre todo la de hacer mucho bien a cuantos le rodean.

El Sr. Somerville dará gran impulso a la construcción del templo que el Comité de Madrid piensa levantar en las calles del Soldado y Libertad.

También hemos tenido el gusto de saludar a Mr. Smithies, el ilustre grabador cuyas producciones admira la Inglaterra entera. Mr. Smithies es el que sostiene y trabaja en *El Obrero*, periódico ilustrado que nuestros lectores conocen ya. Creemos que su viaje no es enteramente extraño a la idea de hacer grandes ediciones de *El Obrero* en España. Mucho nos alegraríamos.

También hemos tenido el gusto de estrechar la mano del respetable Mr. Bewley, presidente y alma de la Sociedad de tratados religiosos de Dublin. De su boca hemos oído que en los últimos quince años lleva publicados la Sociedad 300 millones de tratados. En el año próximo pasado, se imprimieron y se han distribuido 30 millones. Tanta actividad nos confunde. Quiera Dios que llegue el día en que se establezcan en España sociedades como la que preside Mr. Bewley.

El domingo 19 del pasado mayo recibieron la imposición de manos, en la iglesia del Redentor, como diáconos, D. Angel Digon y D. Meliton de Pablo. Los consagrantes fueron los pastores D. Antonio Carrasco y D. Angel Fernandez, con los ancianos de la iglesia.

El mismo día por la noche recibió también la imposición de manos, en la iglesia de las Peñuelas, su predicador Sr. Gimenez. El discurso de consagración fué pronunciado por D. Antonio Carrasco, y le acompañaron en el acto de la consagración, los pastores Sres. Ruet, Moore, Jameson y Flidner.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	{ Soldado, 7, segundo. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	{ Calle de San Jorge, cochera Asco- bareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Plaza del Rey, 18.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.
En Santander..	Librería de D. Manuel M. Ramos.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.